

tales las circunstancias desasosegantes bajo las que había cometido dichos robos. Regreso a mi narración.

Llevábamos ya tres días esperando la reaparición de Coleridge en Nether Stowey, cuando de repente Lord Egmont se presentó en casa de Mr. Poole con un regalo para Coleridge: era una cajita de rapé de cierta calidad, que Coleridge tomaba ahora con profusión. Lord Egmont, en esta ocasión, habló de Coleridge en términos de admiración excesiva, y urgió a Mr. Poole a que le encargara la realización de algún trabajo monumental, que pudiera constituir un escenario lo bastante amplio para la exhibición de sus muchos y raros talentos; por una parte, estaba su erudición multiforme; por otra, su espléndido poder de teorización y combinación de datos diversos. Y sugirió, con cierto juicio, como tema que ofrecía un campo lo bastante amplio y al mismo tiempo lo bastante indefinido para una mente que no podía exhibir el ámbito total de su poder si no trabajaba sobre materiales muy plásticos, una historia de la cristiandad, en la que se incluyera su evolución y sus principales bifurcaciones en iglesias y sectas, haciendo referencia constante a las relaciones existentes entre el cristianismo y las filosofías de cada época; tanto a sus acercamientos y conexiones ocasionales como a sus constantes movimientos de repulsión mutua. «Pero, en cualquier caso, hágale trabajar», dijo Lord Egmont, «pues estos días habla mayormente como un ángel y no hace nada». La opinión generalizada tenía a Lord Egmont por hombre bondadoso y benevolente; y, en esta ocasión, habló con una gravedad que concordaba con mi previa impresión de su persona. Coleridge, afirmó, se encontraba en la plenitud de sus poderes, pues reunía algo del vigor de la juventud con la suficiente experiencia de la vida, y el beneficio suplementario de vastas meditaciones y de lecturas inusualmente discursivas. Ningún hombre había tenido jamás mejores cualidades para revivir el período heroico de la literatura inglesa, y dar peso y solidez a la erudición filosófica del país a ojos del continente. «¡Y que lástima sería», añadió, «si este hombre se desvaneciera al cabo como una aparición; y ustedes y yo, y algunos otros, que hemos sido testigos de sus grandes despliegues y exhibiciones, tuviéramos el destino habitual de los videntes, al descubrir que todas nuestras aseveraciones sobre su persona son recibidas con incredulidad!».

Prosigo mi relato. Días antes, por lo visto, el carruaje de Lord Egmont había transportado a Coleridge a Bridgewater: la idea era pasar un día en ese lugar, regresando luego a casa de Mr. Poole. Por la peculiar carcajada con que Lord Egmont censuró su propia ingenuidad, confiando en la estabilidad de un plan confeccionado por Coleridge, deduje que un exceso de morosidad era, o había llegado a ser, un rasgo señalado de la vida cotidiana.

na de Coleridge. Nadie que lo conociera se atrevía a depender de sus citas y compromisos; a pesar de sus intenciones invariablemente honorables, nadie daba peso a sus garantías *in re futura*: quienes lo invitaban a cenar o a cualquier otro tipo de encuentro, daban por supuesta su obligación de enviar un carruaje en su busca, o lo buscaban personalmente, o echaban mano de una tercera persona; y en lo que atañe a las cartas, a menos que la dirección apareciese escrita por una mano femenina que despertara su afectuosa estima, las arrojaba a un *escritorio de cartas muertas*, y raramente, en mi opinión, llegaba a abrirlas. Bourrienne menciona un método de reducción del esfuerzo que conlleva el mantenimiento de una correspondencia extensa, gracias al cual tanto Bonaparte como él mismo se ahorraron un trabajo infinito durante su etapa como gobernador de Italia. Nueve de cada diez cartas eran consideradas cartas de negocios con peticiones oficiales de uno u otro tipo, y estas cartas, asegura, se responden solas: en otras palabras, sólo el tiempo debe producir a corto plazo los sucesos que virtualmente contienen la respuesta. Según este principio, las cartas se abrían periódicamente a intervalos, digamos, de seis semanas: y, transcurrido este período de tiempo, ambos hallaban que no eran muchas las cartas que requerían respuesta inmediata. El plan de Coleridge, no obstante, era más simple: por lo que sé, no abría ninguna, y a ninguna daba respuesta. Al menos, tal era su hábito en aquel tiempo. Pero ese mismo día, todo esto, que escuchaba por vez primera, me fue explicado con gran preocupación: pues ya en aquel entonces se hallaba bajo el dominio del opio, tal como él mismo me reveló con una honda expresión de horror ante su espantosa servidumbre, en un paseo íntimo de cierta extensión que tomamos juntos hacia el atardecer.

Dado que las noticias de Lord Egmont, y mi recién adquirida familiaridad con los hábitos de Coleridge, hacían muy difícil prever cuándo podría verlo en mi presente y acogedora residencia, me despedí de inmediato de Mr. Poole, tomando el camino de Bridgewater. Me hallaba provisto de las señas que me permitirían encontrar la casa donde Coleridge residía como invitado; y, al pasar a caballo por la calle principal de Bridgewater, advertí una puerta de entrada que se correspondía con la descripción dada. Bajo el arco del portal, mirando atentamente en torno de sí, se hallaba un hombre que paso a describir. Parecía tener alrededor de cinco pies de altura (en realidad medía una pulgada y media más, pero su figura era de esa especie que oculta la altura); era un hombre ancho y robusto, con tendencia incluso a la corpulencia; su tez era limpia, aunque no de acuerdo a lo estilado por los pintores, pues venía acompañada de cabellos oscuros; sus ojos eran grandes, de expresión amable, y fue gracias a esta peculiar apariencia de

vaguedad o languidez, mezclada con su luz natural, por la que reconocí al objeto de mi búsqueda. Este era Coleridge. Lo examiné resueltamente durante un minuto o más; y advertí que él no me había visto, ni en rigor veía cosa alguna en la calle. Estaba sumido en una honda ensoñación; pues yo ya había desmontado de mi caballo, solventado un par de asuntos triviales a la puerta de una posada, y avanzado hasta situarme junto a él, antes de que advirtiera o pareciera advertir mi presencia. El sonido de mi voz al anunciar mi nombre lo despertó: es más, se sobresaltó, incapaz de comprender por un momento mis intenciones o su propio estado, pues repitió rápidamente un buen número de palabras sin relación alguna con nuestra situación. No había *mauvaise honte* en sus maneras, sino simple perplejidad, y una aparente dificultad para recuperar su lugar entre las realidades del día. Concluida esta pequeña escena, me saludó con maneras tan señaladamente amables, que podrían calificarse de atractivas. La hospitalaria familia en la que había encontrado refugio se distinguía por sus maneras afables y su inteligencia ilustrada: eran descendientes de Chubb, el escritor de asuntos filosóficos, y ostentaban su mismo nombre. Todos exhibían el mayor de los afectos y estima por Coleridge, sentimientos que todo el pueblo de Bridgewater parecía compartir: pues, al atardecer, cuando el calor del día hubo remitido, salí a pasear con él; y rara vez, quizá nunca, he visto que se interpelara tanto a una persona en una hora, como jóvenes y ancianos con sus atenciones corteses, interpellaron en aquella ocasión a Coleridge.

Toda la gente de cierto rango y peso en la localidad, y por lo visto todas las damas, habían salido a disfrutar de la hermosa tarde de verano; y no hubo grupo con el que nos cruzáramos que no sonriera y no hiciera alguna señal de reconocimiento; y la mayoría se detenía a preguntarle en persona sobre su estado de salud, y a expresar su encarecido deseo de que prolongara su estancia entre ellos. Tengo por cierto, visto el bullicioso interés expresado en esta época hacia la figura de Coleridge por las gentes de Bridgewater, que hubiera podido crearse un importante sistema de suscripción entre las mismas para permitir que Coleridge residiera entre ellos en calidad de conferenciante o profesor de filosofía. En especial, advertí que los jóvenes del lugar manifestaban el más generoso interés por todo lo concerniente a su persona; y a mi testimonio puedo añadir el del propio Coleridge, cuando describe una velada entre los comerciantes ilustrados de Birmingham, en el sentido de que en ningún lugar se exhibe un sentido común menos afectado que en las ciudades industriales, y, en concreto, en ningún lugar se da una elasticidad y *frescura* mental como la que permea la conversación de ciertas personas leídas de estas poblaciones. En Kendal, espe-

cialmente, en Bridgewater, y en Manchester, he sido testigo de conversaciones más interesantes, con más información y elocuencia natural, que aquellas de ciudades literarias, o las de otros lugares que pasan por ser centros del saber. Una razón para esto es que en las ciudades comerciales el tiempo se halla más felizmente distribuido; el día se dedica a los negocios y deberes activos, y las veladas al descanso; gracias a lo cual los libros, la conversación y el ocio literario son objeto de un placer más cordial: no se llega jamás a ese hartazgo que con frecuencia abotarga el disfrute cordial de aquellos que poseen un exceso de libros y cuyas horas de ocio transcurren de manera monótona. Otra razón es que pueden esperarse maneras más sencillas, y conversaciones más naturales y pintorescas, además de una expresión más franca, en aquellos lugares donde la gente no tiene que ser digna de un renombre previo. En las ciudades comerciales, los hombres no temen abrir la boca por temor a decepcionar las expectativas ajenas, ni se esfuerzan en hacer gala de sentimientos llamativos con el fin de satisfacerlas. Pero en otros lugares son muchos los hombres que contemplan con temor reverente su propia reputación jamás dan cauce a una palabra que no haya sido estudiada, a ningún ademán imbuido del espíritu de la libertad natural; porque pudiera ocurrir que en retrospectiva algo se entendiera como retractación o matización, algo que no ha sido adecuadamente proyectado o cincelado con el fin de que contribuya a la arquitectura general de una reputación artificial. Mas prosigamos.

Coleridge me llevó al salón, hizo sonar la campana en petición de refrescos, y cumplió con todos los detalles de una recepción cortés. Me comentó que aquella noche tendría lugar una cena a la que asistirían numerosos invitados, lo que tal vez no la hiciera agradable para un perfecto desconocido; pero que, si aceptaba, podía asegurarme que sería recibido del modo más hospitalario por la familia. Estaba demasiado ansioso por verle bajo todos estos aspectos como para pensar en rechazar su invitación. Y una vez que estos formalismos fueron solventados, Coleridge –tal un inmenso río, el Orellana, o el San Lorenzo, que ha sido contenido y punteado por rocas e islas desbaratadoras, recobrando de súbito el volumen de sus aguas y su majestuosa música– se desbordó de inmediato, como si regresara a su ocupación natural, enlazando los diversos eslabones de una disertación elocuente, sin duda la más novedosa y la más delicadamente ilustrada –ayudada en su recorrido por los campos más espaciosos del pensamiento de las justas y lógicas transiciones– de cuantas puedan concebirse. Cuando afirmo que sus transiciones eran «justas», es por contraste con ese modo de la conversación que corteja la variedad por medio de conexiones *verbales*. Coleridge, a juicio de mucha gente, y es queja que he oído con frecuencia,